

SOBRE LOS PRINCIPIOS DE LA GUERRA

Por

Italo PIAT

Contraalmirante, Armada de Italia

Arte y ciencia de la guerra

La guerra es al mismo tiempo ciencia y arte. Establecer cuánto tiene de ciencia y cuánto de arte, o en otras palabras, dónde termina la ciencia para dar comienzo al arte, o viceversa, escapa al objetivo de este trabajo, y por otra parte, difícilmente se arribaría a una conclusión convincente. Nos limitaremos a establecer si tanto el arte como la ciencia deben obedecer a reglas y principios y, eventualmente, la diferencia entre estos últimos y los científicos.

La palabra ciencia, en su acepción general, significa conocimiento de la estructura y factores de la guerra, y de las influencias mutuas que tienen lugar entre esos mismos factores. El arte, en cambio, constituye la aplicación práctica de ese conocimiento para conseguir los objetivos preelegidos. La ciencia se adquiere y se transmite, mientras que el arte es la expresión de cualidades innatas, que se pueden, no obstante, alimentar y cultivar.

A la ciencia va asociada como cualidad esencial, la memoria representativa, pero no como un simple depósito de hechos o de ideas, sino más bien como una colección de material ya elaborado y meditado, del que puede, por lo tanto, hacerse rápido uso. Este concepto está ilustrado por el conocido aforismo napoleónico: "En la guerra, las felices inspiraciones del jefe militar no son, a menudo, más que reminiscencias".

El arte está, en cambio, asociado con la imaginación constructiva: actividad mental de carácter sintético, que abarca rápidamente todos los factores de una situación, deduce y valora las influencias e interferencias relativas y recíprocas, imagina líneas de acción y llega rápidamente a decisiones que surgen de la elección correspondiente a la resolución racional de un problema. El arte, de cualquier naturaleza, elude en general, a la expresión y

a la comprensión analítica: el éxito en el arte depende principalmente del juego recíproco de muchos factores subjetivos, más que de la observación de reglas objetivas.

Desde muchos aspectos, la guerra es similar a las otras artes. Un artista o un artesano llega a ponerse en evidencia adaptando los instrumentos de su arte y empleándolos en armonía con determinados principios que han probado ser válidos a través del tiempo. El jefe en la guerra, que tiene siempre un papel decisivo en el éxito de una acción militar, ¿puede ser comparado, en lo que respecta a su habilidad para ejercitar el arte de la guerra, a otro artista? En otras palabras, ¿es posible determinar algunos principios fundamentales que gobiernen el empleo de los instrumentos a disposición del jefe militar?

Los grandes hombres que surgen en los diversos campos artísticos —música, pintura, escultura, etc.— consiguen la grandeza simplemente por la rara facultad creativa del uso de los instrumentos de su arte, y no porque descubran alguna ley inmutable de validez general. Pero todos, desde el más grande genio hasta el más humilde artesano, deben obedecer, en el empleo de sus instrumentos, a ciertos principios de validez general, que, sin embargo, no se prestan a definiciones rígidas y precisas. No existe ninguna ley que establezca "a priori" qué parte de la partitura debe ser dedicada a la nota "sol", o qué cantidad de verde debe concurrir a representar un paisaje. Pero esta imposibilidad de definir con precisión los principios no debe conducir a la equivocada conclusión de que aquellos no existen. Todo músico, ya sea un genio o un compositor normal, debe cuidar el tono, el ritmo y la melodía; todo pintor debe considerar la luz, el color y la composición; todo escultor debe cuidar las proporciones y el equilibrio; todo artista, en suma, posee una técnica que constituye la base de todo su trabajo. El arte de la guerra no difiere en este aspecto de las otras artes. Hasta César, Aníbal, Napoleón y Nelson, genios militares que corresponden a las mayores luminarias en las otras artes, consiguieron la celebridad empleando los instrumentos de la guerra (hombres, medios, espacio y tiempo) de acuerdo a principios fundamentales que,

si bien escapan a una definición exacta, pueden ser, no obstante, frecuentemente identificados. Los hombres geniales pueden adaptarlos intuitivamente gracias a su talento y técnica innatas. Más aún, quienes practican seriamente un arte no pueden basarse exclusivamente en un eventual chispazo de genialidad: deben estudiar, aprender, meditar y ejercitarse. Este concepto está muy bien expresado por Jomini: "En todas las artes y en todas las situaciones de la vida, el conocimiento y la pericia son dos cosas totalmente diferentes, y aunque a menudo alguien triunfe solamente con la pericia, sigue siendo la íntima unión de ambas lo que hace que un hombre sea superior, y tenga el éxito asegurado".

Los principios de la guerra

En las ciencias naturales un principio es una ley de causa y efecto, o la relación existente entre causa y efecto: está formulado de un modo preciso e infalible, y es válido para todas las situaciones. Por ejemplo, el principio de Arquímedes es válido para cualquier fluido, para cualquier cuerpo sumergido en él y en cualquier condición ambiental.

Un principio de la guerra, en cambio, tiene algo de diferente: es una palabra o una frase que abarca un concepto, una idea. Los principios, que deben constituir parte integrante del bagaje de conocimientos de un jefe militar, no contienen de por sí indicación alguna sobre el modo de utilizarlos y proporcionarlos en las contingencias determinadas por el surgimiento de un problema operativo. El modo de utilizarlos depende en forma insustituible de la consciente meditación del jefe responsable en el plano de la imaginación constructiva. Los principios de la guerra constituyen, más que otros, una guía para el jefe militar, en el sentido de que con la ayuda de un conjunto de aquellos, puede verificar si en el estudio de una situación para alcanzar la decisión, si en la preparación y en la ejecución de un plan, han sido tenidos en cuenta en su justa medida los principios adecuados, y si éstos han sido oportunamente aplicados en la medida en que las circunstancias lo requieren.

En la fase de análisis de una situación, los principios sirven, sobre todo, para la

individualización de los factores pertinentes, conceptualmente vinculados a los principios mismos. En otras palabras, la ventaja de los principios de la guerra consiste fundamentalmente en el hecho de que, aún bien lejos de constituir reglas científicas precisas e inmutables, ayudan a meditar sobre la guerra en una primera instancia. Estudiando su posible aplicación en circunstancias perfectamente determinadas, se puede estudiar la situación más a fondo.

El uso de los principios de la guerra debe, no obstante, hacerse con la máxima cautela. Por la forma simple en que son formulados (generalmente una sola palabra) tienen la tendencia a entrar en la mente de un modo imperativo y duradero, apoderándose de la voluntad, es decir, que pueden revelarse como peligrosas trampas conceptuales. La tendencia humana a emplear palabras que impactan (o "slogans") puede producir un desvío en el razonamiento exacto; puede causar el alejamiento de una secuencia de pensamiento precisa y racional.

Los principios de la guerra, por otra parte, no son ni sagrados, ni inmutables, ni inviolables. Todos aquellos (y son muchos) que han compilado una lista de principios de la guerra, han afirmado que aquello constituía una lista única, completa y definitiva. El hecho mismo de que se hayan compilado numerosas listas, más o menos distintas unas de otras, y que hayan sido modificadas, y hasta radicalmente, con el transcurrir del tiempo, constituye la mejor prueba de que los principios de la guerra no son inmutables. Caben a propósito las palabras del almirante C.R. Brown: "La adhesión a un principio requiere a menudo la violación de otro. El jefe que se ajusta rígidamente a determinadas reglas, se arriesga a sufrir una desastrosa derrota por parte de un enemigo pleno de recursos".

Queda para considerar que, en determinados aspectos, el conjunto de los principios de guerra adoptados por una fuerza armada, refleja, aunque sea en forma aproximada, lo que debería constituir el criterio general de empleo de la misma. Se justifica entonces que existan varias listas que abarquen una cantidad mayor o menor de principios, y que cada una de esas listas sufra variaciones con el correr del tiempo, en función del pro-

greso tecnológico, o del probable enemigo a enfrentar, o de la evolución de las doctrinas militares, o de la actitud política del gobierno. Algunos principios están generalmente presentes en todas las listas, por ejemplo "economía" y "seguridad" (su validez no está restringida solamente al campo militar) aunque puedan tener un significado algo diferente de una lista a otra. En una nación rica la economía será aplicada en primer lugar al personal, mientras que una nación pobre realizará sobre todo, economía de medios. Esto, en cuanto a lo relacionado con el significado general de la palabra, más que en su interpretación operativa: emplear los hombres y los medios estrictamente necesarios para obtener un resultado determinado. La seguridad, a su vez, será mayor cuando se la busque a través de contramedidas defensivas u ofensivas, considerando las circunstancias y la actitud prevaleciente en una fuerza armada. Otros principios, en cambio, tales como "sorpresa", "celeridad" y "movilidad" poseen un significado más absoluto: por razones obvias deben encontrar una aplicación adecuada a las circunstancias y a los medios de que se dispone.

La utilización de los principios de la guerra presenta, sin embargo, algunos riesgos. En primer lugar, debe tenerse en cuenta que aquellos se basan en la hipótesis de que todas las guerras se asemejan en sus causas, en sus fines y en sus métodos: la historia demuestra lo contrario. Debe especificarse que la idea, el concepto expresado al principio (de lo contrario no sería tal) tiene validez general; es el modo de llevarlo a cabo lo que es y debe ser diferente en cada caso.

El riesgo probablemente más grave vinculado con el uso de los principios de la guerra, consiste en razonar "a priori", es decir, sacar de los principios conclusiones consideradas como obvias, conclusiones que no están lógicamente relacionadas con la situación del momento. Se puede pues, sintetizar lo dicho hasta aquí afirmando que los principios de la guerra deben ser adoptados según lo requiera la situación que supuestamente tiene lugar en el momento de su empleo, y adaptados a esta situación.

Para mayor ilustración puede ser útil citar un ejemplo, ya clásico, de las gra-

vísimas consecuencias derivadas del razonamiento "a priori".

"Luego de la guerra franco-prusiana (1870) algunos oficiales del Ejército francés (los Jóvenes Turcos) se reunieron en conferencia para analizar las causas de su derrota. Estudiaron la historia, en especial Napoleón y los prusianos. Estudiaron a Napoleón porque sesenta años antes él había sido el conquistador de Europa, con la misma nación, los mismos franceses, etc. Estudiaron a los prusianos porque por ellos habían sido vencidos. Lo que encontraron en común entre los prusianos y Napoleón fue el espíritu ofensivo. Tanto el Corso como los prusianos habían estado a la ofensiva la mayor parte del tiempo; los Jóvenes Turcos dedujeron que el espíritu ofensivo había sido la clave de la victoria. Sobre eso basaron toda su nueva doctrina. Llevaron el razonamiento hasta incluir entre las causas a las características raciales francesas. "Nada puede detener a un francés armado con una bayoneta", fue uno de los slogans. "Un francés es bueno para la ofensiva y no se adapta a la defensiva; por lo tanto el francés debe siempre atacar", fue otro.

"Sin embargo, algunos disintieron con esta doctrina. Entre estos, quien llegaría a ser el mariscal Pétain. Afirmaba que la doctrina de la ofensiva era peligrosa, que no se puede tener en cuenta un solo principio, y sobre él basar toda una doctrina. Pétain trataba de apelar al buen sentido diciendo: estudiamos la situación, ¿cuáles son las condiciones?, ¿cuál es el terreno?, ¿cuáles son los informes de fuerzas?, cómo intervienen muchas otras consideraciones? y agregaba: ¿cuáles son los efectos de la potencia de fuego? Pétain había estudiado la creciente tecnología debida a los progresos de la ciencia, y estaba convencido que la potencia de fuego había sido descuidada en la infantería francesa. En contraposición al slogan de los Jóvenes Turcos, estableció otro: "la potencia de fuego mata". Pero no por esto sus adversarios cedieron: descubrieron el lema de un general ruso del siglo XVIII: "los proyectiles no razonan; sólo las bayonetas matan". Por lo que parece, los Jóvenes Turcos deducían que la inteligencia lograba constituir una especie de coraza en torno de los soldados franceses.

"Su doctrina fue la de atacar siempre y en todas partes. Los jefes a todos los niveles habían recibido la directiva de atacar apenas divisado el enemigo. Las primeras consecuencias desastrosas de esta doctrina se tuvieron en la así llamada Batalla de las Fronteras; en las dos semanas iniciales de la I Guerra Mundial los franceses perdieron 300.000 hombres, muertos por aquellos proyectiles alemanes que no sabían razonar. Los franceses atacaron a fondo en el bosque de las Ardenas, atacaron dondequiera veían un alemán, y los alemanes dispararon contra ellos. Trescientos mil muertos en un lapso de dos semanas constituyó una pérdida mayor que todas las sufridas por los franceses en cualquier otra batalla de aquella guerra, incluidas las de Verdun y el Somme".

Existe, por fin otro riesgo involucrado en la utilización de los principios de la guerra: inducen a simplificar demasiado. Es demasiado fácil decir: tengo la masa, tengo la seguridad, por lo tanto la victoria está asegurada. La guerra no puede ser hecha mecánicamente con el simple empleo de un manual o reglamento. Parece útil para ilustrar este punto, citar una consideración sobre Napoleón: "Los enemigos de Napoleón estaban habituados a mover sus tropas en un tablero de ajedrez siguiendo reglas que habían tomado de principios considerados inmutables. El juego no terminaba nunca, porque también sus enemigos se guiaban por los mismos principios. Pero cuando llegó un jefe que esperó el desarrollo de sus movimientos para hacer su jugada secreta, válida y decisiva, rompió el equilibrio y esa sola variante se convirtió en triunfo".

No entra en los propósitos de este trabajo la transcripción de listas de principios adoptados por algún famoso general o sugeridos por los estudiosos eminentes. Ni trataré la dificultad en la elección, puesto que la literatura militar abunda en escritos sobre este tema, no obstante subsistir una cierta dificultad en recabar listas de principios definidos e indiscutibles. Parece más oportuno limitarse a consideraciones esenciales, de carácter general, sobre los principios y las doctrinas que han influenciado en mayor medida al pensamiento militar.

Los grandes jefes, aquellos que han "construido la Historia", se preocuparon

fundamentalmente en aplicar correctamente determinados principios, y han dejado a otros la tarea de divulgarlos, interpretarlos y discutirlos. Eso no obstante, se pueden extraer principios de los escritos de Lenin, Stalin y Mao Tse-Tung. Entre los escritores de temas militares, Clausewitz, Jomini, Fuller y Liddell Hart han investigado en profundidad el tema de los principios de la guerra. Por fin, muchas fuerzas armadas incluyen en sus doctrinas listas de principios. Entre todos, el autor presta atención especial al chino Sun Shu que vivió en el año 500 a.C. (su obra fue traducida en Francia en 1772) por la doctrina por él propugnada, que ha conservado toda su actualidad y se adapta bien, no sólo a la mentalidad china, sino a la concepción humana de la lucha en general. Mucho se ha escrito y discutido sobre cuántos son los principios o las normas propugnadas por Sun Shu y aún no se ha llegado a una conclusión aceptada en forma general, sino que se incurre en confusión con respecto a las normas, principios y capítulos en los cuales está subdividida su obra. Pero no se considera la cantidad de principios como lo más importante que nos ha dejado. Lo que realmente emerge de su obra es el hecho de que, a diferencia de otros escritores de temas militares, no ha pretendido nunca establecer una receta simple para obtener el éxito, ni ha querido enseñar a los generales cómo hacer la guerra. No ha querido encontrar y establecer la ecuación matemática que tiene a la victoria por incógnita, sino que se ha limitado solamente a poner en evidencia el extraordinario cúmulo de factores que intervienen en un problema militar. Sus conceptos son simples y de fácil comprensión: sólo permanecen sin significado para aquél que no tiene el instinto de la lucha. Ajeno a todo misticismo, casi cínico, Sun Shu no se hace ilusiones con respecto a las motivaciones que tiene el individuo para actuar. Considera a los hombres y en particular a los guerreros, por lo que son, y se limita a sugerir los medios que deben influir sobre sus virtudes y sus defectos para el logro del fin buscado.

Las enseñanzas de Sun Shu están en perfecto equilibrio entre conceptos exactos pero contradictorios, verdades empíricas pero de sentido contrario, constataciones justas pero en oposición. Para el

autor chino, la guerra no es y no debe ser un fin, sino un medio para conquistar la paz anhelada por todos los hombres. La victoria no siempre es un fin si el precio pagado para conseguirla es demasiado alto. La batalla no constituye jamás un fin por sí misma, sino que debe tener por finalidad convencer al enemigo que es imposible continuar la lucha. La destrucción del enemigo no es un fin como tampoco lo es su aniquilación económica, ni la devastación sistemática de sus ciudades, puesto que los sentimientos de odio suscitados por tales métodos generarán conflictos sin fin. Es necesario por lo tanto, hacer la guerra sólo cuando no se puede evitarla; no se buscará la victoria más que en caso en que no se pueda llegar a un entendimiento, y se desencadenará la batalla sólo cuando las estrategias, la astucia y las maniobras no logren llevar al enemigo a una situación tan precaria como para hacerle evidente la imposibilidad de una victoria. Finalmente, en la preparación de los planes y en la conducta de las operaciones debe ser tenido siempre en cuenta que el enemigo de hoy puede convertirse en el aliado de mañana y viceversa.

Estas indicaciones, breves y esquemáticas, deben ser suficientes para demostrar que las ideas de Sun Shu pueden ser consideradas actuales, no sólo en lo que se refiere a las operaciones clásicas de ejércitos nacionales enfrentados, sino también, y sobre todo, a la guerrilla.

En lo particular, refiriéndonos a esta última forma de combate, parece oportuno detener brevemente la atención sobre dos principios que deben ser considerados con importancia prioritaria: "iniciativa" y "no-ortodoxia", que no integran explícitamente ninguna lista de los principios de la guerra más conocidos (en la de las fuerzas armadas soviéticas están apenas delineadas) pero que se adaptan en forma óptima, de acuerdo a las circunstancias, a cualquier tipo de operación militar.

En general, los escritores de temas militares consideran a la iniciativa como un elemento que puede tener un peso decisivo en la obtención del éxito, y no como un verdadero y real principio de la guerra, como por ejemplo "objetivo" y "movilidad". En realidad, la iniciativa es uno de los elementos esenciales de la guerra;

en otras palabras, es el resultado al cual se tiende aplicando los principios de la ofensiva, de la movilidad, de la sorpresa y de la explotación. Pero si bien las partes componentes pueden no ser aplicables en todas las situaciones, la iniciativa, con todos o parte de los elementos que la componen, es utilizable en toda circunstancia. Aún una fuerza en retirada puede mantener la iniciativa de decidir dónde replegarse y combatir, o bien retirarse. Hasta tanto mantenga esta facultad no puede ser considerada derrotada. Por ejemplo, a pesar de hallarse en retirada, los ejércitos rusos en 1812 y en 1941-42, los ejércitos franceses e ingleses en 1914, las tropas chinas de Mao Tse-Tung, la Marina norteamericana en el Pacífico en 1942, mantuvieron la iniciativa que les permitió obtener la victoria final.

Si en cambio, la iniciativa se pierde en una medida tal como para verse obligado a aceptar el combate donde, cómo y cuando quiere el enemigo, entonces la derrota es inevitable. En Rusia, las órdenes de Hitler de no ceder un palmo de terreno privaron a las fuerzas alemanas de la menor iniciativa. En consecuencia, operaciones defensivas en las cuales los generales alemanes habían ya dado pruebas de una brillante táctica, degeneraron rápidamente en cercamientos, masacres y rendiciones.

La iniciativa no debe ser considerada esencial sólo en zonas de operaciones, ya que tiene relación con las maniobras tácticas. La iniciativa tecnológica al más alto nivel constituye una actividad importantísima, pues permite obtener una ventaja en los medios que puede ser decisiva. La ametralladora, el submarino y el tanque blindado fueron factores determinantes en el desarrollo y fin de la Primera Guerra Mundial. En la de 1939-45 la iniciativa tecnológica se materializó en el radar, las fuerzas blindadas, la bomba V, la espoleta VT y finalmente, en la bomba atómica.

La "no-ortodoxia" no está explícitamente incluida en ningún papel de principios de guerra, tal vez por sentido del pudor, pues puede ser mal interpretada por algunos que todavía piensen en las guerras caballerescas de los bellos tiempos idos. En cierto aspecto está justificada la inclusión de la no-ortodoxia en una

lista de principios, por cuanto aquélla, entre sus significados, tiene también el de regir fuera de toda regla.

El concepto de no-ortodoxia es el de hacer algo, o actuar de manera tal de sorprender al enemigo no preparado para lo que está sucediendo. Se podría objetar que la sorpresa es, en el fondo, la misma cosa, pero ésta es mucho más limitativa en cuanto no incluye los componentes del engaño, de la astucia y de la amenaza, que constituyen siempre una parte esencial de la definición correcta de la no-ortodoxia. Pero a pesar de su exclusión de entre los principios de la guerra generalmente aceptados y reconocidos, todos aquellos que se han ocupado de temas militares han considerado siempre a la no-ortodoxia como la llave del éxito. La ortodoxia es aquello que el enemigo siempre espera; la más audaz de las maniobras tiene buenas probabilidades de éxito cuando obliga al enemigo a sorprenderse de lo que está aconteciendo. Por otra parte, la no-ortodoxia debe constituir parte de esa imaginación constructiva, cualidad primordial que se exige a quien ejercita el arte de la guerra.

La historia abunda, por cierto, en ejemplos de éxitos obtenidos adoptando sistemas no exactamente ortodoxos: el caballo de Troya resuelve en una noche una situación que, con fortuna parcial para una y otra parte, se hallaba estacionaria desde hacía diez años.

La I Guerra Mundial se caracterizó por una singular ortodoxia. Se obtuvieron brillantes resultados cuando se abandonó este concepto y se dio rienda suelta a la imaginación. La II Guerra Mundial, en cambio, nos muestra una importante cantidad de enseñanzas en el campo de la no-ortodoxia: para limitarse sólo al aspecto operativo, basta pensar en la "Blitzkrieg" alemana y en la campaña "isla tras isla" de los Estados Unidos en el Pacífico.

No olvidemos el hecho de que la no-ortodoxia constituye, tal vez, el concepto más económico a emplear. Se pueden crear innumerables y económicas estrategias que obtendrán resultados inespereados y de altísimo rendimiento con respecto al capital, en hombres y medios empleados. La guerra de Vietnam constituye un brillante testimonio en los últimos veinte años.

Conclusiones

En primer lugar observemos que la guerra no puede hacerse siguiendo las rígidas normas o reglas de un manual. En segunda instancia, los principios no pueden en ningún caso reemplazar al razonamiento lógico, al sentido común, al libre juicio profesional y a la capacidad de los hombres. En tercer lugar, una fe ciega en los principios, o en alguno de ellos en particular, puede acarrear graves consecuencias: nada puede sustituir a un estudio exhaustivo y en profundidad de la situación.

Ya es universalmente reconocido que los principios de la guerra no tienen una validez absoluta, sino que deben adaptarse a la situación que tendrá lugar en el momento de su aplicación. Tal vez sea un error llamarlos principios, puesto que automáticamente se los considerará principios científicos, sobre cuya validez absoluta nadie discute.

En virtud que la naturaleza humana es así, es probable que aún en el futuro se continúen haciendo interpretaciones equivocadas sobre la utilización de los principios. En especial, la cautela y la "puesta en guardia" serán olvidadas justamente cuando más se las necesite: en el calor de la batalla.

En conclusión, sería ideal poder disponer de un sistema de principios que proporcione al jefe, en todos los niveles, la comprensión de:

- la naturaleza de la guerra, en una situación de relación familiar;
- la única y crítica importancia del jefe;
- la naturaleza de los instrumentos a emplear;
- las reglas generales que gobiernan el empleo de esos instrumentos.

Solamente interpretados del modo exacto, los principios de la guerra pueden constituirse en una gran ayuda para el jefe, puesto que el análisis de su aplicabilidad le servirá para conocer mejor y para profundizar una situación.

La guerra, como todas las artes, es un campo dinámico donde no puede existir un conjunto de verdades que abarquen todas las situaciones posibles. Se podrá tal vez individualizar principios de validez más general que los hasta ahora considerados, pero aún éstos deberán obedecer a la única ley de carácter verdaderamente general: utilizarlos según lo requiera la situación.

De "Rivista Marittima"

